
Alfonso Calderón

ISLA DE LOS

BIENAVENTURADOS

NASCIMENTO

ALFONSO CALDERON

Isla de los
Bienaventurados

EDITORIAL NASCIMENTO
SANTIAGO 1977 CHILE

Inscripción N° 46.864

Tiraje: 1.000 ejemplares.
Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1977

UXORI DILECTISSIMAE

“...en las Islas de los Bienaventurados,
ni a un solo bienaventurado hallé”.

ROBERT FROST.

TARDES DEL VERANO

Como si fuera hoy, venías en tardes del verano.
A ras de hierba, el año indolente coronaba
unos muros que creímos invencibles. Tú olías
a cebada, en un vago almacén de aquella esquina.

Amor de nunca, a hurtadillas te cogía los cabellos.
Ruedan las piedras tibias, silbando hacia el ciruelo.
Un relincho de caballos invade la calleja
y el quieto yuyal profana el tedio de la casa.

Tal vez el río distraído lame pasos vehementes
y las verjas resplandecen. Vagas caligrafías
evitan las palabras y todavía el tren avanza
ciego, en esos años. En el orden de los pájaros,

un viento muerto sopla nuevamente. Torna
el pregón del barquillero, junto a un tilo
de la plaza. Pone el aroma cientos de pupilas
amarillas en la noche. Pulcras gentes de otro

tiempo danzan, balancean las sombrillas
o se sientan en escaños silenciosos. A veces
ríe, a veces llora, y en todo hallo, gris
y terco, el olor tan solo de la cebada aquella.

1962

MANZANA SOLA

Vuelve otra vez la misma lámpara de invierno,
cuando pienso que es más mía la llovizna
si muero, simplemente, una manzana.
Se pierde la calle tras las notas de algún

piano fastidioso, y los pájaros te aguardan
a la salida del Liceo. Amar era casi escoger
estrellas puras, a la sombra de un castaño,
en mitad de tu hermosura. ¡Bella Durmiente,

la reja se llena de sanjuanitos, y un puente
acuna a las cigarras! Rozan las tórtolas
las ramas del nogal. Tus labios y mis labios
dispersan los sabores de las frutas. Moja

la lluvia algún viejo grabado de Rocambole
y oigo el sonar de las monedas que lanzaste
a aquel organillero. Tu vestido celeste
adivinaba el pulso de la muerte en la guitarra,

y yo me daba tiempo para pensar en la Malasia,
tributario de centelleantes libros de Salgari.
Ahora, vuelve todo, cuando muerdo con tristeza
una manzana.

1962

SI TU SALIAS...

Si tú salías a la puerta, por las noches,
yo aguardaba en aquellos escaños
cenicientos. Hada mágica, al filo
del invierno, torna de nuevo el viento

sur, distraído como el último alumno
del Liceo. Yo solía silbarte una balada,
junto al muro de la esquina, llevando
en la mano un libro que huele aún

a lilas muertas, o buscaba sellos
de un centavo con la efigie de Colón.
¿A quiénes esperan ahora las muchachas
y a qué padres hablan cada tarde

que se fue? ¿Qué tías muertas van
subiendo a la imperial de los tranvías,
cuando pasa el alcalde a coger berros?
Cae la lluvia sobre un escaño solitario.

1962

A TIRO DE BALLESTA

En la curva del río, a tiro de ballesta antigua,
tú y yo nos cansamos de llorar. El tren del sur
llegó a las seis y un organillo inevitable
desafina temas de Yradier. Beben los viejos,

y hablan vagamente de asuntos del trigo
o del Diluvio Universal. De niños, en la glorieta,
hay bellaquerías. Conversan las parejas
en salones con felpas desteñidas, y picotean

los gorrones las pajas de un adobe, en la muralla.
¿Hacia dónde se fue el humo que salía de la fábrica
a las seis? ¿Qué se hicieron esos niños, muertos
en invierno, mientras reducían chelines a peniques?

Pasan los novios en busca del portón. Perfuman
los tilos el rumor de los exámenes. Bisbisea
el cura y nada ocurre. En la curva del río, a tiro
de ballesta antigua, nos cansamos de llorar.

1962

CORNO INGLES

Me acuerdo bien: llevaban linternas esa noche.
Suena lento, en el bosque, el corno inglés.
Patos liles se detienen en los postes
que la lluvia está mojando con lacia timidez.

Asordinan las taguas sus dobles chapoteos
y aviesos bordonean los primeros moscardones.
Por el aire, la fuerza del amor nos gana
el cielo. Lerdos, los belfos del caballo

golpean ramas bajas cuando surgen
los fantasmas. Mira el queltehue
las distantes callejuelas, evita el agua
y, como siempre, tienen prisa los vilanos.

Por junio, mis ojos se encontraron con tus ojos.
Hallarte en casa era llamar a puertas de oro,
mientras llenabas con flores el cuaderno de botánica.
Oigo, en la muerte, el sonar del corno inglés.

1962

COMO UN VERSO DE SAMAIN

Como un verso de Samain, la casa permanece.
El corazón de los pájaros me recuerda a Garcilaso.
Hallo aún humo de abril en las viejas herrerías.
Cojo la bandera de aquel Corsario Negro

o membrillos de grandes alacenas. Los cercos
se llenan de gorjeos cuando pasan los trenes
del ramal y alguien afina puntería en los vidrios
del notario. Los cerezos se mecen con el viento.

¿Adónde está el gigante con la mágica habichuela?
"Ve por leña", me decían casi siempre.
Tus padres descendían de antiguos picaflores.
Olían las sábanas a trigo e hidromieles.

En libros de magia, dormitan unos gnomos
y pienso en las babuchas que llevan al pasado.
Las últimas goteras se estrellan en tu cuerpo:
desnudos, nos hacemos más puros cada día.

1962

TU VENIAS DE BAGDAD

De pronto, nos acordamos de Bagdad.
Tú mirabas a un caballo que tenía
estrellas puras en la frente. Pasan
los choroyes y se cubre de zarzamoras

el camino que da al río. Confiada esperas
el arribo del ave Roc. Dejas cartas
en el único buzón de la aldea soñolienta
y yo admito que ha de llegar en postillón

el mismísimo José Bálsamo. Quizás
oiga la viola d'amore. De pronto,
nos acordamos de Bagdad. Tú te ibas
y yo hice promesas al genio de la lámpara

y a la suave e incitante Scherezade.
Todo queda allí: el chilco en el herbario
del Liceo, los tilos de la plaza, la voz
del viejo que habla del día de la ira,

y el rodar de los toneles de cerveza,
junto a la calleja empedrada y gris.
Sólo faltan el piano triste de Fats Waller
y tus dos manos sobre el libro de Bagdad.

1962

SCHERZO

Como en la epopeya de Rolando, oigo, una vez
y otra, el cuerno del heladero, no lejos de mi casa.
Vuelan a Etiopía los aviones italianos, y pasa
Basil Rathbone persiguiendo al luminoso can

del señor de Baskerville. Las palomas toman
migas de tus manos, esas manos que no están.
Como pan con miel de ulmo, en tardes de fin
de mundo. Hablan mis padres de Mary Pickford

y el molinillo del café pone una pausa o adormece,
en tanto las tablas de multiplicar van dejando
la melancolía de un vago qué me importa.

Tú, mi Badrulbudur, amabas al bueno de Aladino.

1962

SUR

No tiene nombre el pueblecito, y nunca
lo ha tenido. Sigue aún allí Peter
Schlemihl cambiando su sombra
por dinero. Me parece ver ahora

la cabeza de Thomas John que repite
lastimera: "por el justo juicio de Dios
yo fui juzgado; por el justo juicio de Dios
he sido condenado". Cantan las cigarras

en el patio de la Gobernación y yo copio
con letras pequeñas el pluscuamperfecto
del subjuntivo (aquel "hubiera amado").
Soñabas tú con príncipes albinos,

que vendrían tal vez de Cristianía
y jugabas al amor, cantando el vals
"Pedacito de cielo". Saltaba el juío,
asustado de su sombra, y tiemblan

las manos del muchacho que cura
los primeros volantines ilusorios.
No tiene nombre el pueblecito
y nunca lo ha tenido.

1962

LOTA BAJO, 1939

Ceceante, el maestro puntualiza la historia de John Silver, a bordo de "La Hispaniola". Salas tristes del colegio parecen de otro mundo. Yo repito, por diciembre, la historia

de Lot y su familia, mientras silba en el aire una varilla rabadana. Al fondo, en enteco muro patinado por las moscas, un cuadro antiguo: por negro mar viaja Odiseo; rota, la nave

aguarda vientos favorables, y Circe piensa. ¿En qué país están todas las caligrafías del jueves por la tarde? En mi memoria, un cine antiguo, con palcos y lunetas,

despide a Mister Chips. Pregón de chocolates,
y una vez y otra: "Muñeca de Cristal". Veo
al doctor Livesey, seguido del Squire,
cargar al hombre los días del país muerto.

1962

GAVIOTA

Alta, sonámbula en la lluvia, iba ligera.
De tumbo en tumbo, y en un ayer glorioso,
el viento la ceñía. En sueños, regresa
a Selva Oscura y a Rarinco, a Púa,

Mulchén o Quitratúe. Mi madre tarareaba
un aire antiguo. Vítreos los ojos hondos
se le han vuelto. El viento la traía
y la llevaba. En medio del puelche,

me hice más seguro y busqué pactos
de sangre con piratas. Molían ajo
en un mortero de madera y todo era
llorar. Se cerraron las piezas

para el niño que yo fui. Nube a estribor,
desde un navío de Salgari. Sus alas
enneblinan, y un ocho de febrero, así,
se quedó muerta.

1962

BLUES

Buenas hojas de otoño, hermanas de amarillo
delantal, dancemos hoy en el parque abandonado.
Esos gnomos comen nalcas y las dejan junto al lazo
de Art Accord. Sacamos los guisantes de sus vainas,

en una mesa de piedra que horadara la lluvia
de hace tiempo. Hadas bretonas sacuden
esas densas telarañas y esconden ratoncillos
en las calabazas. ¿Quién guardará en sus manos

este cuadro antiguo: un cielo de abril, que se pierde
como un puñado de monedas en el traje de algún
muerto? Nadie danza, hojas de otoño, en el parque
solitario.

1962

ELEGIA A MANZANA DE ANIS

Apoyada en el bastón, llenas de pecas las mejillas,
te veo pasar, Laura de Anís. Tienes hoy diecisiete
años y medio. Picotean unos pájaros las gotas
de rocío y las entibian, alegres, en sus buches.

Apartas los brazos para que ellos vuelen. Silbas
con tu boca pequeña a Viernes, el perro sordo,
que mueve apenas las húmedas orejas. Caen
hojas cuando pasa tu tío Tom de Arbailles,

botánico y poeta, buen amigo de Samain.
Graciosa, por el camino viene Lucía de Atchuria.
Huele a triste ropa inválida el armario de caoba
y rebotan en el piano las bellotas silvestres.

¿Pone aún tu madre la garrafa azul y fría
sobre el mantel? ¿Y tú te sonrojas mientras bebe
el vino aquel joven Juan Arnústegui, o tocas
lentamente el *pas de quatre*? Adornan las mimosas

unos pechos de muchachas y cruza el arco iris
un camino de girasoles. Agosto se llena de cantos.
Con tu bastón, apartas la niebla de los años.
¿Están casándose en la capilla de Noarrieu,

Juan y Lucía, a las once en punto de la mañana
del once de marzo de mil novecientos tres?
La vieja criada enciende el fuego en el curato.
Barre, poco a poco, lágrima y fracaso.

Suben al púlpito las gallinas cloqueando
en busca de maíz. No te queda sino morir.
Sola, tú sollozas en el tiempo, mi buena
Manzana de Anís.

1962

MUCHACHA GRIS

Una muchacha impaciente se desnuda
junto al río oscuro. Al frente, en la ventana
baja, repito una lección acerca de Gay-Lussac
y como galletas de jengibre. Sólo pienso

en que a la noche he de leer "Testamento
de un excéntrico". Hoy llovió. Deshechos,
los periódicos envejecen elusivos
en el quiosco de la esquina. Me asomo

al bar del pueblo y busco a un viejo
que ha estado en la guerra del Catorce.
El alemán del emporio me atiende
y dice: "Si los franceses hubiesen hecho

el Exodo, nunca pasarían de los arrabales
de París". Todos ríen. Después masculla
algo, pide huevos duros y café con aguardiente.
No sé qué decir. Camino. La muchacha canta.

1976

EDAD DE ORO

Sin camisa de fuerza, entro al Palacio del Horror. "Hemos tenido nuestra pequeña Edad de Oro, pero ha pasado". Silbo a las últimas muchachas en la noche.

Como todas, Ayesha, la bella, se deshace a mis pies. Me enredo entre las hojas muertas y cuento las ventanas, sin prisa ni entusiasmo. Rasco con la uña del pulgar

el índigo de los calendarios. Siento frío. — Me subo el cuello del abrigo y digo: "Eh, va bien, eh, eh, va bien, va bien", y aguardo sentado a que pase el último tranvía.

1976

ELEGIA A MALENCONTRE

¿Por qué no tengo yo el hermoso tintero
de Sajonia y una abuela como Rosa
de Clairande? Retrutada a los dieciséis,
en traje de hada, quien la creyera una simple

señorita de compañía. Ovalo puro, todavía
un poco infantil, finos hombros y tinte
transparente, los ojos verdes o azules,
según el ánimo, el día, el año o la semana.

¿En qué ciudad lejana, Rosa, moviendo
las pestañas, admitió ser pintada
por un artista primitivo como yo,
hecho a patatas, a nabos o a cebollas?

La alfombra de Oriente cubre el suelo.
Le echo los brazos al cuello. No hay ya
ni hoy ni ayer, y ella se acurruca
en el sillón. Por la ventana, entra

el día y un pájaro languidece en la rama.
Rosa de Clairande tuvo alegre el corazón
y un ocho de abril, vestida como antaño,
murió repitiendo mi nombre alegremente.

1976

EL CAPITAN TORMENTA

¡Treinta mil cimitarras turcas me valgan!
Se deja oír el estampido del cañón
mientras devoro el postre de grosellas.
¡Por las barbas de Mahoma, traseguemos

el extraño vino de Chipre! Al fin y al cabo,
Famagosta no se rendirá esta noche.
Arden las antorchas en los largos
murallones y los guerreros venecianos

aguardan el asalto de los infieles.
El León de Damasco me ve buscar múltiples
de seis, y en la cocina, las arvejas
caen en la fuente como cabezas de cristianos.

Me resguardo de las balas y desafío
a los mercenarios con mi espada toledana.
Causo estragos, siego vidas y con el nombre
de San Marcos en los labios caigo exánime.

Corre lenta la brisa de Levante. Yo morí
como un valiente en defensa de mi señora.
Espero que algún día, a resguardo de la muerte,
el Capitán Tormenta regrese a mi corazón.

1976

ERROL FLYNN, MAUREEN O'HARA Y YO

Expuesto a ráfagas y vendavales, atiza golpes,
da mandobles, dice ¡cáspitas! o salta desde algún
palo mayor. Cae de sorpresa y con el bigote fino
enamora a Sol, a Dolores, a Perla, a Blanca

o a María. Su mirada de halcón convence por sí sola
al más osado de los disidentes. Le da igual guerrear
de flanco o en la retaguardia. Que se apiñen
los heridos y los muertos, la fiebre, el escorbuto

o la locura. Con aretes gitanos, se parece a Douglas
Fairbanks, y su futuro suegro, el contable
de Calahorra, seco como un jamón ahumado, sesteo
en un cuarto frío. Tal vez en el *script* se agregue

música de Frindl. "Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar". Hace el amor con una prisionera, Lolita o yo qué sé y luego, ella y él miran la luna o dan de trompadas al lucero. El capellán se enfurece y cita

a San Ambrosio y los llama a todos bellacos, irlandeses o bergantes. Sabe que un día han de colgar, desde lo alto, saludando a su pesar las tierras españolas. Veo un dibujo de Coré. Cuando vuelva, si regreso, diré que eras hermosa.

1976

HOMENAJE A SABATINI

Si sólo ha muerto un hombre, ¿por qué corro?
Se ven brillar linternas en las noches.
Es invierno y leo a Sabatini. Sueña
el caballero de la taberna con el castillo

de Perth. Lo que hizo, lo ignoro, no lo sé.
Nunca jugará a otra carta que no sea el rey
de espadas. Con el sombrero puntiagudo
y la casaca negra, llevaré otra vez mi arma

a Cromwell y besaré las Escrituras,
aunque me llamen cuervo, hipócrita,
gazmoño, recitador de salmos, fanfarrón,
libertino o petimetre. La paloma

no pudo reposar con el halcón y huir
es mejor que la horca y el sudario.
De nuevo, a este lado del infierno,
revivo la batalla de Worcester

y todo el fervor de los Cabezas Redondas.
Tengo el rostro ennegrecido por la pólvora.
Pienso en la enseña del Ancla y en la calle
del Támesis, en los arenques, en el vino

oscuro y en mi aire melancólico de ayer.
Desde mi ventana, mientras leo a Sabatini,
veo pasar a las muchachas del Liceo
que irán, no sé, al Albergue del Sol,

allá en Calais, o a la gris Posada del Cuervo,
en Newport o en el Infierno. Marcho a pedir
cuentas. Se dispersan las postreras golondrinas,
si las hay, y suenan solas las herrerías,

cantando en el pueblo. Llueve y el viento
zarandea los letreros. Alguien dice que hubo
un tiempo en el cual los niños eran reyes.
El cuervo me repite: "tú, tú, el forajido".

1976

GATO

Sin embargo, dulce y ya borrosa,
la señora ha puesto el gato
sobre las rodillas. Abierta,
la casa enseña un reloj de pared,

agotado como fiera de circo.
Al azar, una pipa aguarda,
allá, sobre la mesa. Y una
locomotora rechina en el calendario.

Es febrero y un ojo abierto
se marchita antes de tiempo.
No reconozco ni las caras
ni los nombres, como de costumbre.

Un transeúnte, probablemente falso,
traza un círculo luminoso
e invoca al Señor de las Moscas,
Belcebú. Coge un cuchillo.

Se agita el gato, que parece
una estrofa de Verlaine, y la sangre
ligera cae al suelo. Abierto
en canal, no sabe a quién llamar.

La mujer, que nunca avisó a nadie,
se arregla el peinado, maúlla
sordamente, espera un instante,
abre los brazos y sonrío.

1976

SUEÑOS

No tendré ocasión de envejecer.
Nada de particular me ocurre.
Tomo una taza de café, o calzo
esas grises zapatillas muertas.

La persona que no existe lleva
corbata y viene de la estación.
Siento el ruido de la locomotora.
Carraspea y me esconde en paladas

de carbón. Todo vuelve a empezar.
La flor no tiene tiempo para brotar
y esa mujer aguarda en el umbral.
Ahora, soy flautista. Toco un ritmo

en una botella vacía y se me repite
una escena de *Quai des orfèvres*.
Jouvet tose discretamente.
La hermosa rubia canta

Dance avec moi. La gente es buena
y me saluda, inclinándose. Creo
que se trata de una burla. No sé
lo que ocurre a mi alrededor.

1976

BELLE EPOQUE

¿Comprenderá? Yo no tuve suerte.
Basta siempre con decir: "no he visto
nada". O "en el cine, las vistas
de Lumière me llevaban al séptimo

cielo". ¿Tuvieron una escena?
El flautista empujó la puerta
del reservado. Una inundación
de rojo lo hizo volver el rostro.

¿Era su amante? Todas las mujeres
llevan blusas azules y faldas
con enormes lunares. Iré
un día al hotel de Trouville.

Con sus sombreros de paja,
las bellas no tienen edad
y miran una fiesta sin fin,
desde la plataforma del tranvía.

No vale la pena llorar como un perro.
La flauta adormece a los ratones.
¿Cree usted en esta historia inútil?
Beba para ponerse a tono.

1976

TANGO VALENTINO

Triste y melancólica, la cabeza gris
de Rodolfo Valentino sale a escena.
Quieren disuadirlo para que no idolatre
a Natacha Rambova ni cante a voz

en cuello "El Relicario", ni vaya
una vez más a esa España que murió. ✓
Arroja su traje de gaucho y mata
de un golpe a un feroz leopardo azul.

Las ventosas del pulpo prodigioso
lo atenazan. Natacha grita de placer.
No se sabe si es monstruo extrapolado
de una vieja comedia de Mack Senett.

Valentino sonríe como un chacal
y mueve los ojos en señal de triunfo.
Da un golpe a Natacha y la arroja
al cubil. Sus ojos se llenan de lágrimas.

La pianista envía "El Sheik de Arabia".
Las castas jóvenes de Lota retienen
el aliento. Nadie como él para vejarlas.
La pianista simula en el teclado muerto

los movimientos de la sierpe bíblica.
Salgo furioso a bailar el tango y hallo
el camino, pero olvido la melodía.
Los tentáculos me oprimen.

1976

LEYENDA

Vivo pensando en mis alumnos.
Hoy han destruido la oliva
de Platón, en el Pireo.
Miro por la ventana, no veo

nada. El mundo se me borró
de tantas y tantas clases.
Las catalpas me preguntan
“¿y qué has hecho por nosotras?”

Ahora, una carta de recomendación
del coronel Sutter me lleva
hasta Alta California. “Todo
se ha ido al diablo”, me susurran.

Ruedan por la sala oscura y gris
convoyes de veintiséis carretas.
Disparo desde el pizarrón
sobre un frío dólar de plata.

La leyenda, como siempre,
ha de convertirme un día
en el "Napoleón del Oeste".
No corto el hilo mágico.

Desde la toltería arrojan flechas.
Oigo el crepitar del fuego y pido
a Dios más fuerza. Pronto, agotado,
susurro: "Salgan a recreo".

1976

DIA DE LA IRA

Poseo millares de cabezas de ganado
y oigo aún cómo aúllan los coyotes.
Prefiero no pensarlo dos veces.
¿Fue el rey David quién inventó

el robo de ganado? Fui cruzado,
un día, y vi morir a los niños
puros en un burdel de Oriente.
Nadé bien en las aguas más revueltas.

Escaso es el sol que llega a las calles
de Praga. La sospecha pasea
por Berlín. Un día grité, con ira,
“¿me entienden bien?”, y fui a Dachau.

Antes, me lamió la pierna un perro
y soñé a Dios en el centro de la estrella.
Me llamaron ayer el Ciclón de Oklahoma.
El Sudoeste existe gracias a mí.

En mis ratos libres inventé el lazo,
la guía de teléfonos, las columnas
de Hércules y el neumático Michelin.
Luego, llamé a las puertas del Templo.

Me pegaron con fusiles. Me llagaron
con cuchillos. Me escupieron, día a día.
"Ha sido en legítima defensa", decían.
Cada judío es fiador de los demás.

1976

MASCARAS

Como Amiel he cedido diez mil veces
y repetí en el coro el estribillo.

“Asia debe pertenecer a los asiáticos”.

“No debieron electrocutar a los Rosenberg”.

“Tenemos la responsabilidad de corregir
el mongolismo y de declarar, una vez
y otra, que la partenogénesis es antinatural”
(a su lado, según Robert Kemp, los errores

de Sodoma y de Gomorra son meros juegos
de niños). “Drácula es un símbolo del Poder”,
“Tarzán es homosexual”, “Los niños azules
han de gobernar el mundo”, “El Informe

Kinsey es más entretenido que la mismísima Biblia". "Hay que instalar una Virgen en la Luna". Claude Bernard me lo advirtió: "No hay que poner ni retorta ni alma; hay que poner lo que haya".

1976

HOT JAZZ

Te dije que eso no tendría
un buen fin. El tranvía
nos espera y un rayo de sol
inunda la calle, como siempre.

Me sugeriste con dulzura:
“un dragón es lúgubre,
pero no se puede odiar”.
Oigo, sentado en el café,

Swing in minor, el rasgueo
final de la guitarra
de Django Reinhardt.
Quizá teníamos un aire

vago de perro perdido.
Te repetí que esto no podía
tener un buen fin.
Quise decir algo más

1976

MONSTRUO

"Estamos haciendo historia", dijo el Monstruo,
luego de pensarlo bien y consultarlo con la almohada.
"Yo estoy contigo y lo vamos a intentar todo.
No creas a quienes tienen por diosa a la Derrota".

Pongo la radio y se oye la canción de moda:

"Cuando el hombre muera y se vaya ...
algún día las noticias dirán
que Satán con sus pequeños bigotes

está dormido bajo su tumba".

"Sí, por supuesto, nos estamos moviendo",
dijo al despedirse. Es uno en un millón.
Con el bigote fino, Hitler sentía nostalgias del hogar.

1976

EL MAESTRO DE ARMAS

El maestro de armas se bate en estruendosa baraúnda.
A las once, la música ataca un pasacalle y yo me dejo
arrastrar por los guardias del zar. Me ponen ocho
o diez mil lamparillas ante la cara y ríen como si nada.

He recobrado, en este enero de 1825, mi energí sin igual
y no temo al ver el oso. Invadido por el ardor de la batalla,
oyendo fanfarria militar, San Petersburgo es también
parte de la trama. Al cabo de cien pasos, el oso me golpea.

Creo ver todo el fuego del Vesubio o las torres de San Pedro.
Si me hubiese quedado en mi país no habría visto nada.
Creí tener la fuerza de Hércules y no sirvo para pulir
los botones de la guerrera. Un, dos, tres. Un, dos, tres.

Veinte grados bajo cero. El Polichinela pateo los restos de los muebles y anuncia que todos están libres. "Aquí se cae al castigo sin haber cometido la falta", dice el zar. El agua continúa subiendo, sin mengua. No consigo, por fin,

echar la puerta abajo. Prometo no esperar a nadie. Y si soy el Maestro de Armas, las rejas me llevan al Neva, igual que a todos. Choco con los hombres como si fueran rocas, no me explico por qué me matan y soy arrebatado por las [aguas.

1976

CLASE MAGISTRAL

Aún es de mañana. La niebla de Turner, la única posible, nos rodea. El adivina que aburre con su prolijidad. Le oigo, en sueños, mencionar el Mar de Mármara y veo centellear las cimitarras.

Setecientas banderas llaman a la guerra. Juega la favorita con una rosa en el seno. Lúbricas danzarinas tropiezan en la acera. ¿Qué demonios hace allí, resoplando, el Expreso de Oriente?

Salgo al pizarrón, pensando en la dicha insólita del León de Damasco y de todos los que matan o que mueren. En el mapa no hay nada que hacer. Maniatado por los años, adecentado por el hábito,

repito la lección. Tempestuoso Mar de Mármara.
El profesor no da una queja. Ya solos, él y yo,
hago grandes progresos. Entreveo el Helesponto,
y envuelvo su cabeza en un chal de Cachemira.

1976

POETA SOLO

Alto, de negro, con paraguas
en invierno o en verano,
ese hombre solo constituye
minoría. Al verlo pasar,

todos mueven la cabeza.
Se pone el sombrero y se lo saca
y nunca está seguro de lo cierto.
Sonríe a la hora de los pésame

y alborota cuando arriban
los Angeles de la Prisa
o el Dinero. Se extravía
en plazas, oficinas

y pasillos y promete volver
mañana con las ideas claras.
El día después de siempre,
cuando alguien le disparó

por un error, el hombre alto,
el de la simple mayoría,
me dijo: "parece dormido".
En el bolsillo, guardo sus poemas.

1976

YOGHOURT

Suena el aullido terrible: yoghourt.
Veo las abejas del verano, un verso
de Emily Dickinson, la diversidad
del ubicuo fantasma que me aterrera,

un vampiro y la luz ya se consumen.
En el fingimiento de los espejos,
retorna un día cualquiera de Weimar,
una boina, la Caída, el bulevar

Saint-Germain, 1942, un turbio
sueño de amor. El voluptuoso
aletear de las palomas me distrae.
Debo escribir sin hacer ruido.

Mi balcón conduce al laberinto.
Las paladas de tierra caen
sobre la puerta. Corro. Alguien
dispara. Parto al sueño. Y se repite.

1976

MISTERIO

Rayas, signos, letras, una forma oculta
en el escritorio. No son máscaras
los hechos y la escala ha de salir
de unos y de otros. Con la resolución

de un joven rey esperan su mañana.
Un minuto tan sólo ya se fue y nada
les ocurre. Todo cuanto pasa, ayer
o nunca, se queda en el misterio,

anterior a la letra, sin embargo
la melodía permanece. Rompe
el *blues* la furia de la mañana
(*when the red, red-robin...*)

y unas hormigas suben por el muro.
Restallan las cigarras, instrumentos
del verano. Esas rosas que traes
desean estar vivas. Tú acomodas

sobre la mesa el jarro verde,
ese monarca antiguo y absoluto
que habla siempre por nosotros,
sin decir nada. Lo miro, no canta.

Si dijera sólo, para mí, un verso:
“Oh, joven Apolo, deja de volar
y sé tú el que canta, al fin”.
Al caer la tarde, hablo en voz baja.

1976

PAYASO

Escribo el guión sobre una idea de Soren Kierkegaard. El incendio ha comenzado y las cebras cabecean inquietas. Globos aguardan el pinchazo de los niños y nadie

podrá ver el triple salto mortal. La niña del traje de víbora no ha de oír el silbido de las flechas que arrojaría el indio imperturbable. Apoyo mi lengua eterna

y vana en el penúltimo diente y preparo la pantomima del falso Tunney contra Dempsey. En París del novecientos, lancé cuchillos y oí gemir de amor a Jenny Lind. Vi llorar

a Santos Dumont, sobrevolando el cielo azul de aquel París y corté las patas de los caballos en la guerra greco-turca. Hoy me envían a decir que el incendio nos matará a todos.

Temo que tardaré diez años en contar el viejo chiste del borracho y los niños tendrían tiempo para crecer. No termino de sugerir “respetable público”, y ya todos se mueren de la risa...

1976

RETRATO (1935)

Los ojos sólo sirven para ver lo que comemos.
Desde el plato de Magritte, un ojo me alerta.
El vaso ecuánime se niega a desafiar la gravedad
y el vino oscuro me impide ser tan libre

como cuchillo y tenedor. No es ojo todo
lo que saluda. No existen ya la torre, ni el té,
ni el fuego, ni el umbral. Sólo el ojo vacío
relampaguea y atraviesa la tempestad, poniéndose

de pie. Perdí la vista del ojo izquierdo
y él, por cuenta y riesgo, se rió de los muros
ásperos y de los chasquidos de las puertas.
Justificó las desconfianzas, aprendió a callar,

dio todo por previsto y sacó el cuerpo
a las corrientes de aire. Ya no supo bien
si debía saludar, correr o levantarse,
a cada instante, yéndose de bruces por sí mismo.

No es ojo todo cuanto reluce. Amigo del secreto,
creyó siempre en aquello que veía. Decía
“buenos días” o “buenas tardes” y terminaba
sacándose el sombrero. El ojo, quieto.

1976

YO

A gran distancia del suelo, quiero ocultarme.
Pregunto qué es lo que desean y llamo a mi tía
o al abuelo. Paso un pie por la ventana y veo
a los hombres flotar en el espacio, llamando

a las ventanas. La brisa me refresca la cara
y no me queda por delante sino caer, caer.
No me fío aún de las apariencias y vuelvo
en mí. Siguen diciéndome: "no tengas

más secretos". Trastabillo, voy de bruces
y ya nada sé. No tiene importancia, supongo,
y quiero protegerme con la mano. Pestañeo
y miro con fijeza el ojo ausente, en la palma

de mi mano. Dicen los vecinos: "Lo mejor,
sin duda, será informar a la policía.
No se aflija, tenga confianza". El terreno
es desigual. La ventana se abre. Abajo, yo.

1976

NOSTALGIA

Devorado por las sillas, esos tigres vencidos,
salgo a la calle. A espaldas del ángel, el león
dormita y retira la garra fuera del cuadro.
El pie se afirma en la pared. Nos tendremos

lástima y hemos de irnos en seguida. Dejo
las puertas oscilando y suena aún la Sonata
de César Franck. Me disgusta esta multitud
de sillas viejas. Estoy a raya y en la pieza

corre el jinete, incierto, tenaz, enloquecido,
fuera del espejo que reúne a las nubes.
Me pierdo en el sueño, tal vez desaparezco.
Nadie sabe ya quién soy. Golpean las cucharas

en los platos y me pongo a contar los pasos
que voy dando. Recupero la confianza en el tigre.
Viene la criada, aparta las migas y retira,
una a una, las sillas. La última me devora.

1976

UTOPIA

Gente como usted o como yo, con cien años
por delante. ¿Quién más habría de ser?
Gente que dice: "allí, allí". ¿Adónde va?,
me preguntan, y no sé. Gente que siempre

está segura de cuanto quiere, que murmura
"una puerta que se cierra es otra que se abre".
Beberán los vientos con el primer millón
y el suelo jamás ha de abrirse ante sus pies.

Gente como usted o como yo. Soy el universo
que despierta, el animal tímido y gris
que circunda su casa, su logia y su comercio.
Si alguien me lame el terno gris, sólo digo:

“gatos”. Pronto me darán un bello bastón
blanco. No duermo ni siquiera como un tronco.
Compro lápida de mármol y dicen “al fin”.
Mascullo, en paz: “salgamos de una vez de aquí”.

1976

EL VUELO

No era un espectáculo agradable.
¿Qué te pasa?, inquirirían, y yo sólo
volaba por la casa, viéndola así,
desde arriba, por primera vez.

Comenzó a helárseme la nariz.
Me aburría de mirar la tumba
del Soldado Desconocido, y dijeron:
“no hagas ruido” mientras preparaban

la carabina, para bajarme de un tiro.
Supe de cada movimiento y canté.
En nombre del cielo, me incitaban
a bajar. Muevo la cabeza, con un gesto

de vergüenza. La comida vuelve a reanudarse. Quise renunciar a mis derechos y exclamé: “ahora, adiós, adiós, no sé qué hacer”.

1976

DRACULA

Transilvania se halla ahora al alcance de la mano.
No oigo cantar los gallos ni saludo a los pájaros,
y siempre ha de encantarme el poder regresar.
Manejo cada episodio con la máxima discreción,

satisfecho y orgulloso, corto de vista, debido
a las tinieblas. Mis dientes se hallan filosos
como antaño y puedo soñar con noches de verano.
Mi capa, a menudo hecha jirones, ondea con el viento.

Leo los periódicos de principio a fin, y de nada
estoy seguro. Me asaltan dudas y tengo una pierna
más corta que la otra. Mientras escribo, los aullidos
de los lobos dicen que la seguridad no es tal.

Soy el único que no sabe lo que quiere y todo el día,
en reposo, olvido la noche negra que acaba de pasar.
Enmismado, aguardo la salida del sol y lloro
en la tumba de Bela Lugosi. Corto de vista,

absurdo de carácter, poseo un vago aire burocrático
que se apacigua con las brisas de la noche. Torpe
como un alfiler de gancho, hago que todos griten
cual si estuviesen camino del Infierno, y yo

los abandono a su suerte, en la saliente de la roca.
Oigo vanamente unos ritmos de opereta, me carga
la salsa de tomates y creo recordar un clavo de plata,
oscuro y alargado. Ya llega el sueño: "buenos días".

1976

BARBA AZUL

Vive eternamente, febril, de medio luto.
La roca viva protege las murallas del castillo.
Cuatro piedras, tan irreales como un sueño,
coronan el paisaje. Lento, tenaz, el río

lo despierta. La chispa de los leños, el fogón,
el brezo y la retama desafían al candil
de tres mecheros. Sala de música y vagas
formas de caza y guerra, un facistol,

las Cuatro Estaciones y un sillón de la Edad
Media. Estampas. Melusina y el conde de Lusitán,
un sábado de Gloria. Un fantasma husmea
en la cocina. De alcurnia de grandes libertinos,

abusa del veronal y lee la Revista de Ambos Mundos.
Silba "Caravana", de Duke Ellington, y su firma
es rechazada por los Bancos. Nunca ha hecho
nada de malo y elogia humilde la sopa

de cebollas. Desvelado, recorre pieza a pieza
el castillo solitario. Juega al rocambor
consigo mismo, descabeza cardos y dice
a quien le oiga que se colgará de un castaño.

Resiste los jarabes para la tos y mira con pavor
los aeroplanos. Se enfría el pavo y ya no trinchas.
Ama el cutis claro, los hombros suaves y el cuello
frágil, los labios finos y los últimos poemas

de los trovadores y piensa un día enrolarse
en la Legión Extranjera. La sangre se confunde
con el agua de la fuente. Dice a su prometida:
"Soy Barba Azul, el mismo de siempre..."

1976

ALGUIEN HA DE DECIR

(París, 1944).

Ya no vivo en mi casa. El aposento
es el miedo. ¿Quién me hizo un día
profeta de Israel? A mí, minúsculo
guijarro en la corriente. Inmóvil,

la manivela del tiempo me detiene.
Siempre van entrando los aliados
en París. Florecen los castaños
y alguien habla, a media voz,

de Ronsard o de Verlaine,
y si alguno muere por las noches
lo hace diciendo: ¡Libertad!
Jean Sablon canta *J'attendrai*

y la muerte es grandeza involuntaria.
Las murallas escritas desafían.
Un gato cruza por el techo
y mi hermano de 1944 se desmaya

en la bañera: ¡Libertad!
Yo era nada más que el último
judío de París, el que pidió
a Dios aliento para morir

más cerca de su nombre:
¡Libertad! El hombre pudo leer
en mis ojos lo que la muerte
se negó a decir, y masculló:

“nunca he visto frialdad igual”.
Al fin y al cabo, el águila vil
lo sabe todo. Helada, la sonrisa
me acompaña y sale de nuevo el sol.

Veo apagarse las bujías y cantaron
las cigarras. Alguien dirá mañana:
“¿y qué nombre tenía mi hermano?”
Habrán de responderle: ¡Libertad!

EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO

Mi vida es un libro abierto y tengo un pie
en la tumba. Soy buen fisonomista y leo
a Adam Smith, con ayuda de diccionario.
Aspiro a oír, un día, el rumor del Niágara.

Algo chocho, cargado de cadenas, pudoroso,
casi anónimo, dispuesto al grand guignol,
no puedo devolver golpe por golpe. Cazo
moscas todo el día y el sufragio universal

me tiene sin cuidado. ¿Vale de algo el voto
de Judas Iscariote? Mi hermano se encarga,
noche a noche, de suministrar el material
relativo a mis tragedias. Digo en vano:

“soy el Hombre de la Máscara de Hierro”,
nadie se interesa por mi suerte. Cada pueblo
tiene sus defectos y yo soy uno de ellos.
Aguardo, mes a mes, que enciendan

en la marquesina la palabra *Exit*. A veces
me creo una piltrafa, un bote sobre el Marne,
Max Linder o el agua de Vichy. Doblo el diario
y ya sé que la situación pasa de grave a peor.

Al fin y al cabo, perspectiva requieren
los excesos. Saludo la belleza de las últimas
bañistas, en la luz de Antibes o de Niza.
Me olvidan con el nombre de Marchiali. Amén.

1976

LABERINTO

Melancólica, sucia de sangre y de vejez,
la muralla es la misma. La ventana deja
ver la imagen del toro. No hay vueltas
que darle: por ella, ella, veo sólo

la miseria, la grisura tierna de Ariadna.
El Minotauro devora a la más hermosa,
descansa y luego barre con cuidado.
La última mujer huele a magnolias,

a vino de las islas, a pan nuevo.
Sus grandes ojos verdes aguardan.
Adentro hay un retrato de Venizelos
y un letrero que dice: *Keep smiling*.

El animal no se mueve, ni bufá,
ni guiña el ojo (un caso típico
de relaciones humanas). Por las noches,
a solas, pone en orden sus ideas.

Casi nunca el monstruo sale de su casa.
Añora las películas de Melina Mercouri
y sólo lee las hazañas de Rocambole.
Un día estuvo enamorado de Pola Negri,

y tradujo al griego la palabra *vamp*.
La mujer deja caer el suéter y la falda.
Me guía al lecho y pone su mano en mi pecho.
Se oyen gritos de horror. Ya no hay secretos.

1976

ULISES

Ya no ha de ser jamás el mismo de antes.
Siempre está diciendo: "no te metas en eso
o en aquello". Va de un lado a otro
y, de tarde en tarde, pide dinero

al viejo Néstor para gastarlo en bagatelas.
Vaga por los parques, sube a los tranvías
y corre sin ton ni son. Lo han molido
a golpes y replica a todo que sí, que mañana

o con simples y angustiosos monosílabos.
Se excluye de todo por propia decisión
y admite sueños de orden, de pereza,
de inacción, de desánimo total.

Le encantan los repollos, los gatos solitarios,
Genoveva de Brabante, los cohetes Apolo
ya oxidados y la ciudad de Atlanta.
Al amanecer bisbisea sus refranes predilectos:

Olivo y aceituno, todo es uno. Le piden
cuentas sobre el dinero de Troya y encoge
los hombros. Imagina que Itaca es sólo un sueño
sin salida. Riñe por monedas y por un puñado

de aceitunas. Los turistas lo persiguen
y aprendió ya a decir OK. Hace lo que quieren.
Posa desnudo para las turistas de Nebraska,
cae de rodillas y grita: "¡El mar, el mar!"

1976

VIDA

Con la bandera azul de los tres leones
rampantes de Damasco, fui herido una vez
y otra. Pasé a cientos de hombres
a cuchillo y me arrojaron una noche

al Bósforo. Sobreviví a la rendición
de Chipre y devasté las costas italianas.
Fui cómitre en galeras y envié sicarios
a Venecia. Llamé perro sarnoso a mi hermano.

Me oculté en un odre y vi venir el cielo
hacia mis ojos. Todo lo arrasé y no hubo
más en pie ni vides, ni algarrobo ni palmera.
Juré por todos los peces del Mediterráneo

y muchos probaron el temple de mi espada
antes de dar sus torpes restos a los marabúes.
Me vendieron en Moka como esclavo y mi piel
es hoy menos tersa que una pasa de Chipre.

Destruí quizá el imperio de Trebisonda.
Amé el narguille con tabaco de Morea
y el agua de rosas. Atenuando el reflejo
de la lámpara con un opaco vidrio

de Venecia, leí la Biblia y lloré.
No deseé desde entonces a las huríes
del Profeta, y dije: "Señor, iré contigo".
Estuve solo y dispuesto cuando mi hora llegó.

1976

VISITAS

Domingo. La ráfaga de lluvia azota el vidrio.
¡Bien, queridas moscas, ahora a batir las alas!
Que ese maldito gato siamés regrese a Siam.
Hoy es la Santa Cruzada de los Parientes.

Los visitantes son las moscas de la Ilíada.
La vieja dama centelleante, el búho sesentón,
la gran rana con dientes de oro y el estólido
carnero, glorificado por el aire de la notaría.

Mezcla de oprobio y patetismo. Cada palabra
es como apretar el gatillo. La púa de la victrola
cava hondo en el tiempo. Gangosea la tía parecida
al Ave Fenix, niega algo la señorita Etcétera.

Minucias como todas provocan la caída de algún rey. Comen la larga cena del subsuelo y brindan por el tiempo, el horror o los múltiples fracasos. Se acuerdan de muchachas que envejecieron de celeste.

y, mirando el reloj, señalan: “despedirse no es irse”. Van hacia la puerta, observan de reojo, caminan en puntillas. Solo ya, me preguntan dónde están aquellas moscas y me duermo, yerto y desdichado.

1976

BOSQUE

Cediendo el paso a los primeros invasores,
sin árboles, el bosque se escuda en la costumbre.
Irreal, vengándose del hombre, un acezante jet
nubla los cielos. Queda ya muy poco qué decir.

Con la cabeza llena de pájaros, soñaba eternamente.
Ahora murmura: ¿qué más da? Tres veces al día,
la lluvia lo visita. Cabeceando, los árboles
se pierden como padre e hijo en la memoria.

Vago trazo de Paul Klee, mantiene en las ramas
una forma. Angel con figuración subraya el vacío
del paisaje, iluminando el madero del navío,
la burda solución de un puente o el rumor

de un pueblo antiguo. Quiera o no quiera,
sobrevive así, recién cortado, como una pesadilla
de Antonin Artaud, un sueño oscuro de sequía
o aquel claroscuro de Rembrandt. Se cuela,

por descuido, el humo del tren. Los pájaros
saludan el ruido de la mañana. Recae el hacha
del leñador. Zumba el jet. Quizás yo sueño
el fin del mundo: un día, ya sin árboles.

1976

PUERTAS

En el alféizar, sin tiempo alguno, la bruja
acecha. Casi no duermo por las noches,
si pienso en los adoradores de Siva
el Invencible, más diestros y temibles

que los thugs. Tempestad en el mar hostil
de la Malasia. ¡Rayos y truenos! Sandokán
y Yáñez esperan a la reina feroz de los ocultos
kapalikas. No valen ahora ni el kriss

ni garrotes ni luminosas cimitarras. Corren
los elefantes y el macizo de tamarindos
se desploma, mientras bebo el bang
que habrá de convertirme en amo de la jungla.

Cerrada la puerta de la pagoda, busco aún
el camino y la respuesta. Los murciélagos
rebotan en el templo y lejos, ahora, repito
que te amo. Tú muerdes una manzana y nada

dices. Mi pieza triste nos agobia y la música
parece de otro mundo. No sé qué puedo contarte
para que me ames. Tú, yo, la sala vasta y lúgubre,
nos hundimos en el espanto de una puerta de bronce.

1976

HELENA

Troya, tal vez. La llama se aviva
y tú, Helena, guardas silencio.
Se agotan los soldados. Cruje
el pestillo de la puerta y las sillas

son viejos pensamientos. De nuevo
te amo, Helena. Las alas de un pájaro
saludan al Ponto Euxinos. Humo, ruido,
hollín, vienen las naves que un día

habrán de destruirte. Príamo tose
sofocado por el humo. Deseo que la tierra
me trague y tú, triste y sola, gris
y envejecida, pones la mesa para un rey,

que jamás volveré a ser yo, sino el vil
Paris. Quizás mi canto ha de hacerte
llorar, un día, Helena. Sin ti,
solo como un perro, percibo el mar lejano.

1976

TIEMPO

Distraído, el hombre sirve el vino.
Los años de ausencia acaso albergan
las flores que trajo y el periódico.
¿Puedo ver la columna de los muertos?

Alguien, sin sentirlo, enciende aún
un cigarrillo. Azul, el humo llega
a la cocina y la vuelve un sueño
de Vermeer. Deja que la lámpara

anuncie el final de aquella historia.
Por la enorme puerta, abominable
el tiempo avanza, sube al altillo,
abandona el cuarto de costuras

y coge el pasamanos de la escalera
como si hubiera de reírse en la cara.
Va, de pieza en pieza, encendiendo
las luces. Ya está solo. El polvo seco

del camino le cierra la garganta.
Luego insinúa: "todo es difícil
de decir". Tose, balbucea, alza
la copa y sirve el vino, aún.

1976

KLEE

La hoja azotada por la lluvia,
algo así como una atroz visión
de Klee. Era junio. Tú y yo
veíamos caer aún la lluvia.

De pronto, nuestros ojos
observaban el vago recuerdo
que ya éramos. ¿Desde qué
ángulo advertí en tu rostro

el rumor de la sucia muerte?
El murallón de adobes quedó
atrás y también el torpe yuyo
incierto, algún beso final

y el día de tu muerte, mañana.
Sin otra cosa que un secreto,
en el reino del amor, tú y yo.
Bastó el azar, la distracción,

el grito de un pájaro, el nombre
de Paul Klee, la lluvia del sur,
el silencio de una mañana
cuyo nombre será la muerte.

1976

KEATS

No me cabe ya la menor duda:
la belleza destrozó a John Keats.
De día, cielo y mar lo confundían
y el espanto se apoderaba de él.

Donde los pájaros no cantan,
él veía ruiñeñores del Oriente.
No volemós tan alto, parecía
decirle el pobre pájaro,

enloqueciendo entre los pinos.
Nunca me cupo la menor duda:
la realidad es más terrible
que las páginas de un libro.

Cabizbajo, en el hotel de la playa,
leo un enigmático verso de Keats
(*Away, away to our delight*).
Ni la barba rala ni el día gris,

ni el polvo que oculta el color
de las lilas, ayudan a vivir.
Quizás del mar, esa mujer,
Sibila, vea morir la última gota.

Del árbol caen hojas de fuego.
El verso de Keats es un país,
la música, la muerte, rincones
de un mundo dentro de otro mundo.

1976

AMAZONA

Los ojos azules envejecen en el cuadro.
Me sonríen y yo respondo a su sonrisa.
Suenan las pulseras. La Amazona
se desviste y se cansan los brillos

del espejo. Que yo sepa, nada es real
sino lo que el ojo ve. Repaso los errores
y acaricio el esmalte para uñas, la caja
de sombrero, el cofre de las pelucas.

Qué soy ahora: el pervertido del cabello
gris. El ojo se sienta, en mitad
de la fiesta, e interrumpe el círculo.
Los caballos se revuelcan en las ruinas.

Su reputación se halla por los suelos.
Temo que el caballo salte del camino,
enceguecido, tinto en sangre, y las puertas
no se abran. Los ojos son ventanas.

Voy a la Opera. Todo está vacío. Mezcla
de orgullo y de pudor, se pone de pie,
desnuda, aparta el pelo de la frente
y dice que me ama, ella, la Amazona.

1976

IMAGEN FALSA

Algo, en los sueños, me devora.
Entreveo una jungla y un desnudo
terror lo invade todo. Ni tigre
ni león ni hiena ni elefante,

sólo tú, hermano, apoyado
en un bastón. Percibo hoy,
por vez primera, el canto
de los pájaros, de nuevo.

Me parece que me he ido,
que no estoy, que nada sé
del sur, del este o el oeste.
Soy ahora una rata gris

y sucia, un agujero,
una película. El desierto
surge de todo. Va llenándose
de sillas. Alguien me grita

que no, que está prohibido
pasar por ese lado. Oigo pasos.-
Afirmo la mano en el vacío
y ella es sólo una imagen, en la mente.

1976

EXCESOS

Fugaz, sin sueño, tenaz, desaparezco.
Me echo en vano a los caminos y digo
qué fantástico. Todos se llaman igual
que yo y firman con las mismas iniciales.

Me palmean el hombro y ya he contado
otras veces esa historia. Afuera, el mar
revienta, decepcionado aún consigo mismo.
Ni siquiera muevo la cabeza. "Vuelva

a casa", me dicen, antes de que salga.
Lacónico, pienso en el fantasma
de mi abuelo y murmuro que el exceso
de trabajo me pone ideas de segunda

mano. Pretenden no saber nada. “¿Lo he visto antes?”, se disculpan, así sin más ni más. No me gusta chillar. Es de muy mal tono. Me cogen por los pies y me llevan a la cama.

1976

DACHAU, 1945

Ahora, finalmente, la muerte pone orden.
Ya no hay la espera interminable ni la sed,
el hambre o el dolor, sino la voz del Señor
y la palabra Jerusalén. Todos ellos, a una,

me apartaban con el pie y el guardia decía
riendo: "qué sentimental". Me apalean
en los hombros. Veníamos en trenes
y los niños asustaban a los muertos,

deletreando los nombres de los pueblos,
dibujando pájaros y flores. Los vecinos
repetían: "nada sé. No hay tiempo
para ustedes. Construyan vías, puentes

y refugios. Derriben árboles. No pidan nada". Ya no lloro. Con mis ojos de ciego repaso la estrella de David y miro sólo atrás. No hubo un nombre solitario en esa piedra,

ni "Rebeca", ni "Ana", ni "Elías",
ni "Marcos", ni "David". Los lagartos
duermen en el sol pálido de octubre.
Vienen los niños y lloro como la última vez.

1976

VERTIGO

Como a la Mosca, me domina el vértigo.
Los puntos cardinales hacen el ridículo.
De nuevo, pese a todo, camino por el techo
y los tontos se agolpan para verme.

Con cargo a la prudencia, me revisan
los dientes tres veces por semana.
Solo, confuso, muerto, vadeando ríos
y pesadillas me abro algún camino

que va a ninguna parte. Los domingos
repito: "me las arreglaré. Aún estoy
dormido". Por supuesto, nada dicen
y hasta me dan las espaldas, noche

a noche. "No trate de gritar. La pieza se halla llena de damas", murmuran por lo bajo. Reclamo: "soy la Mosca". "¿Sabes que estás saliendo del camino?"

1976

ZIGZAG

Yo iba ayer cerca de usted.
Ni muy delante ni detrás.
Me preguntan: ¿qué haces?
y respondo sin ánimo: nada

de importancia. Viajes de ir
y de venir, sin rumbo fijo.
Sólo silbo y hago reverencias.
Inventé el sombrero que se saca.

Digo a todos: qué buena es la vida,
por supuesto, como quieran.
Nunca piensan que he de estar
equivocado. Lo siento mucho.

Desvístanlo, piden a gritos.
Yo no lo recuerdo, dice el viejo
profesor. Tal vez esté faltando
desde abril. No sé si es tarde

o es temprano, si cambia
el mundo o sigue igual que antes.
Al fin y al cabo, los secretos
no se aprenden de hoy para mañana.

Tomo feliz la ruta del zigzag.
Mis amigos se asustan: no saben
qué pensar. Saludo a todos,
gritando: eh, bien, y como quieran.

1976

ENRIQUE BELLO

Miro la pedrada en el ojo, la lápida, el silencio,
el oro del día, los libros, el incierto ángel,
las monedas para el viaje. En la muerte, aún
tiene un pensamiento solitario y exige a los demás

prudencia y fines para un medio. Tendido,
sin su cuerpo, que ya habla el alemán,
duerme tras el breve cuento de la belleza
y un vago desencanto por la muerte

de Lohengrin. Regresa, triste como todos,
al reino que perdimos. Nunca dirá nada
de mañana. Soñó el amor, los versos de Kavafis,
la prisa, el bar de antaño, un traje blanco

y las fotografías, en las que ni dio cuartel
ni pidió guerra. Saluda, desde abajo,
con un movimiento de cabeza. Esa piedra,
pulida, seca, blanca, ya le aguarda.

1976

MAGRITTE. RETRATO (1961)

En verdad, esto ya pasa de la raya.
Ninguna vida, aún tratándose de Phobos,
justifica el vagar por los espacios.
Muy pronto las novedades hacen agua

y todo termina en un manual. Ya nadie
cuenta las estrellas o mira el círculo
en la luna. Quizás si todo el espacio
esté vacío. Tarde o temprano, Dios

se aburre, da una orden y todo vuelve
al Caos. Quizás me atenacen por el cuello
y den gritos para que invente el Grito
o trepe aullando por el hiperespacio.

El señor del hongo y el florete no ve nada.
Simplemente da espaldas a las llamas.
Aún la sangre no llega al río. Debo darme
prisa. Camino. Caigo hacia adelante.

1976

... Nous sommes
la triste opacité de nos spectres futurs.

Stéphane Mallarmé, *Toast funèbre*.

PARQUE FORESTAL

Sorpresiva, la ventana emprende un largo viaje.
La fotografía disimula a un organillo y enrojece
el oro muerto de la tarde. Todo el parque
se ilumina como un gallo japonés y corta el nudo,

cascando las semillas. Ya la hoja tiene nombre:
azar, costumbre, engaño. No oculta su desdén.
Los obeliscos nacen porque sí. El verde
enceguece al paseante solitario y multiplica

el otoño chispas de oro, durando en el fervor
o en el matiz, saciándose remoto en el color.
Arlequín, el niño, frota un caracol sobre la luz
y desciende a los infiernos con la pesadilla

del claroscuro. Rehúsa esconder los húmedos
verdes del balón y da su giro azul, confundiendo
los colores. El turrón, la almendra, esos maníes
desafían radiantes a aquel castaño de Indias.

Errante, solitario, el parque se arroja al río
turbio. Coro opaco, su solo signo lo enmascara.
Le hablo, poco a poco, astuto, con bondad.
Desatiende, acude: ya debe ser el fin del mundo.

SOMBRERO DE COPA

Toco en el piano esa polka, con un dedo.
El sombrero es la mitad de mi persona.
Listo, absurdo, cojo el ritmo, zapateo.
Ginger Rogers me engaña por imbécil,

serpenteando, lamiéndose los labios.
Uno es dos, dos, dos. No digo más.
Al fin y al cabo, los ojos azules
nunca dicen nada. Mis sobretodos

sueñan con sus vidas anteriores.
Deshollino mi sombrero, giro loco,
en vano. Lo contemplo con piedad
y me hundo para siempre en los recuerdos.

TANGUY

Alguien pasea solitario en la pieza inacabada.
Piensa poner fin a sus días y liar los bártulos
sin hacer caso de la belleza de la reina
Chnemtamón. No encuentra atractivo

ni el mísero escenario en que se glorifica
al rudo, al frío, al mecánico, al hostil.
La mariposa subraya el vuelo hacia lo oscuro.
Círculo del gris, raya del azul, fijeza inmóvil

del espacio y el ojo que avanza en el desierto
no tienen nombre. Tanguy lo mira y ya ignora
quién es el que mira. Topacio el humo, el llanto,
el sueño, la insolencia, el canon, el sobresalto.

La mosca piensa en el día y sabe que eso está de más. Pasea por la mesa, dando zancadas y creyéndose el Gran Copto. No sabe de su vida, sólo blanco y negro. Allí, allí, la taza de café.

ADAN

Veo partir la nave que aún no construyeron.
Pasan los años, uno a uno, y sólo queda
en pie el frío horror que tal vez fui.
Me veo ahora sin lástima, infinito.

El paraíso que soñé no es más que un laberinto.
He de hacer un mundo y lo pondré lejos de Dios.
Aún me mortifica, desde entonces, salir
en punta de pies, con la cola entre las piernas,

y leer en el diario líneas a propósito de mí.
Todo es ayer, en mi memoria, cuando el día
era la noche, y la selva, el frío arroyo.
Ayer duraba todo el día, desde medianoche

al canto de los gallos. ¡Qué fiesta! El primer
hombre, Yo, eludía la carroña de las moscas
y despertaba con el vuelo de cientos de palomas.
Solo ahora, magullado, trepo al Coro Celestial.

CITAS CON A, B y C

No encuentro mis zapatos. ¿Se los puso
la muerte aquella noche? Tal vez
yo sienta miedo: estaba muerto.
El mundo existe por su cuenta.

Cada diez minutos, examino
el buzón, por arriba y por abajo.
No digo una palabra. Oigo a deshoras
el canto de los ángeles. ¿Tengo

yo la culpa? Eres tú, tú, tú, tú.
Regreso tambaleante de tantas vueltas
a la esquina. Cavo un túnel,
me avergüenzo de mí mismo.

Sé que temo equivocarme.
Soy un error de los demás.
Me abandono siempre
a los detalles. Telegrafía,

llámame, no vengas. Sube
al tren expreso. Juega aún
al escondite. No estoy solo.
A la larga, lloro como una criatura.

MUSEO DE BELLAS ARTES

Los ciclistas de Léger pedalean en la noche.
El león abre la puerta del Museo, en el tiempo
de las cerezas. Circulan ratas invasoras
y apestan un mundo sin aroma. Esta casa

tiene alas y admite sin más el desamparo.
En el baile de la preocupación, sutil se eclipsa
la figura, vituperada por el matiz, por el color.
Allí, el fantasma se aferra a un sueño oscuro.

La escalera desenmascara. Allí, la galería
de los que nunca regresaron, de quienes
prefirieron la música del circo, centuplicando
el triple salto mortal hasta que fueran olvidados.

Más de alguno oye cantar a los pájaros en vano.
Amantes solitarios hacen tablas y se zambullen
en la playa, llevando en los ojos un mundo
de papel. Feroces, los ciclistas se marcharon.

VITRINA

El vidrio guarda el vaho del café.
Vacío, observa con prudencia
el espíritu y la carne. Solo,
sin párpados, parece un ojo

limitado por las dunas.
No teme al frío de la noche,
a la lluvia, a la neblina.
Ridículo, tiene insomnio

permanente y cuenta ovejas.
Loco de amor, perseguido
por el cine, vejado por un perro,
busca un Finisterrae.

Faro, vano movimiento
de mareas, inmóvil muere
crucificado por el neón.
Es el genio en la botella.

Con infinitas precauciones,
examina a los viajeros.

Arroja la toalla a la menor
provocación y aspira un día

al reconocimiento público.

Posee ideas fijas y mira
siempre a la muralla.

Deseo que viva muchos años.

BARBA BARBARA

Muerto de vergüenza, desabrocho, mecánico,
el chaleco. No es fácil volar, ya que la barba
no sé de dónde vino. Le hago señas, grito
y ella se incorpora tambaleando. Con la fuerza

de su fuerza, asusta a la corbata y la derriba
de inmediato mientras me lleva por delante
como el disparo de un arma de fuego. A primera
vista, no oigo ruido alguno y cojo el sueño.

Con una soga atada al cuello, visito la cornisa.
Apilo sobretodos viejos, hóngos y paraguas
y digo a mi barba: "a ti no se te entiende".
Nada tengo en contra de ella. Me acarician

la cara y sigo la corriente. No huyo y hablo con la gente, duermo en público, disputo con la barba a voz en cuello: "no perturbes más, no me saques nunca de paciencia".

Se escapa por las noches y nadie sabe qué hace trepada a los faroles. Tiene angina de pecho. No la contradigo. Sostiene que es sionista, que prefiere arrojarse

por la ventana a ser parte de un gobierno. Lame la cerveza y echa chispas cuando está de mal talante. Me habla siempre en alemán. Se estira, riñe, ronca con los ojos muy abiertos.

Mete su nariz en todas partes. Confunde a los criados y ríe a gritos cuando hablo de dejarla. Ahora, me arrulla a todas horas. Me interrumpe, tenaz, mientras escribo.

GUSTAV MAHLER

Con los ojos del amor, bambolea la Odalisca.
Alejada, gris, enceguece a toda hora, buscando
una salida. Reabre el día, relampagueando
en la sordina. Todo ahora brilla, saturnal

de la inocencia. La mesa de Porcio se abarrota
y seca el ánfora desafía al boquiabierto,
que es ahora, que fue entonces, Vitelio
el emperador. Salsas, peces, aceitunas,

las húmedas lampreas, o murenas alimentadas
con la carne vil de los esclavos. Adalid aún
de la tajada, el último detalle. Roza mi frente
un ave negra. Veo, apenas, un país en mitad

del huracán sonoro. Vía láctea, la tecla
me enceguece y fulmina el gran espacio.
Nadie es dueño de sí mismo y sabe
que la flauta de voz alegre vacila,

tropieza, da un rodeo, reina y esclaviza,
herida por las claves, devorada por el fuego.
Vagando en las tinieblas, solitario, torpe,
jactancioso, lleva el fuego a la morada de los dioses.

BOTELLA

Habla sola, como un abogado de París.
Sola, en el espejo, se mira con placer
y evasiva rechaza el adulterio. Se ríe
de los difuntos y deja siempre un vacío

difícil de llenar. Invitada clandestina,
no trepida en sentarse al borde de la silla.
Siempre sale con la suya y predice
el movimiento de las mareas. De súbito,

enloquece. Rehúsa el oír buenas razones
y bella, joven, pasea con las manos
en los hombros, usando la dignidad
de un viejo padre de la Iglesia.

Los que van a morir, la saludan
sin tardanza. Sonríe al león, a la araña,
al conejo, a la luna de Valencia. Termina,
rematándose un día, de un balazo en la cabeza.

CABALLO

Juegan al ajedrez la muerte y Capablanca.
El tablero se incendia y vuela entre nubes
homogéneas. Destila una gota de sangre
de la frente del Cristo amoratado.

Sabe bien que es parte del juego, estigma
de la Caída. Rompe el clavo de oro
aquel pasado y el milenio lo resguarda.
En el remolino del santo, el centurión

se muere de tedio y piensa en hijos
y en sobrinos. Cae en la cuenta
que es viernes de mañana. A prisa,
en el morado, juega a ganar o a perder.

El pez salta del cesto y vuelve al agua
y la mariposa invade la red, abri-llantando
el día que en-geuece. Tal vez el Demonio
pestañee. Deja atrás el caballo, Capablanca.

EROSION

Cabecean los fantasmas y una luz
opaca desintegra al Arlequín.

Lento, el párpado vigila la punta
de la nariz. El desgredo del árbol

anuncia ya el Día de la Ira.

El pájaro se vuelve árbol y suspende
el vuelo, en lo arisco. Con dejo
ciego mortifica la uña roja.

Ebrios, los peces saltan fuera
de la redoma y se colorean
en los pétalos, mortales. Sombrea
el alma en pena del polvo ciego.

Todo cruje. Ya está cerca la línea
del horizonte. Maltrecho, Dante
aguarda. Saturno devora lo que halla.
Los ángeles duermen, con las manos

en la espalda. La lombriz se aterra
y sopla el sol los cuernecillos de la vid.
En el caudal del aire, pesadilla azul.
El mundo se arrastra, gime, desaparece.

DEDO

Un dedo pierde la cuenta de los otros.
Desde que el hombre fue a la Luna
su puro lenguaje no es el mío.
Tengo siete dedos y una manotada

rompe el arco iris. El sol zozobra.
Muevo un dedo: envía a la lona
a sus rivales. Miope ya, la plaza
me habla tan de cerca que no puedo

ni escucharla. Doblo el meñique,
sin molestias. Quizás estalle
la guerra de los zulúes. El pulgar
aprende el zapateo americano.

Ahora roba su bastón a Fred Astaire.
El dedo amarillo tira al blanco
y traza un círculo en el cielo.
Negro el precipicio se agiganta.

Llevo mi dedo hacia la frente,
a guisa de pistola. No me encuentro
preparado todavía. Pinté primero
una máquina de reír y le puse nombre:

“A sus órdenes, a sus órdenes”.
No soy dedo, exclama, sino paisajes
iroqueses. Con el principio de identidad,
se asusta, se bate en retirada.

Pinto un muro. Ennegrezco el túnel.
Borro la línea con la mano y cuelgo
la horca al final de la estación.
Detrás del muro, el tren desaparece.

PALOMAS

Caen de pie, fulminadas por las migas
de los viejos. Ricas y pobres duermen
juntas y les importa un cuerno
la decencia, el frío, el qué dirán.

Ahítas, temblequeando, siguen los pasos
de todas las demás. Los gatos tibios
les pasean la vereda y en Disneylandia
las desmoralizan de continuo, día y noche.

Tienen sus pautas, normas y tabúes
y duermen balanceando el dedo gordo.
Son sociables y felices con cualquier cosa.
Cuando mueren se dan vueltas en las tumbas

y niegan la explicación de cada una
de sus visiones. Las golpean con fuerza
en la nuca y riñen por dimes o diretes.
Quitan el pan de la boca a sus abuelas.

Les encantan los chismes, las locuras,
el verano, las sospechas y los celos.
Según su rango, invaden las cornisas.
¿Son las míseras otra cosa que pájaros de cuenta?

EL HOMBRE INVISIBLE

Apuntala la pared: se viene abajo.
Dibuja arañas en los muros y teme
al rayo laser. Aguarda impávido
el cambio de luz en el semáforo

y saca de quicio a un franciscano,
mesándole las barbas. Aspirante
a comensal, salaz, hiperestésico,
es agente de servicios especiales.

Lee la historia del Llanero Solitario.
Sufre, siendo un hombre sin mujer.
Observa a una buscona, ocupada
con la liga. Da zapatetas en el aire,

a la salida de los cines, y cree
que es el alma errante de Tarzán.
Ama el sinsentido y, a la hora
de dormir, se hurga las narices.

FIEBRE DEL HENO

Más infeliz que el sabio Turpin, obispo
de Reims, azoto mi cabeza en el borde
de la cama. Algún hijo de mala madre
sacude dichoso el plátano oriental.

Monótono, insufrible, me rasco
la garganta. Bribón, parásito,
el árbol, un soltero solitario,
me saca presuroso de la cama.

Lanzo vituperios, estornudo, lloro
sin penas ni dolores y el pío rayo
del sol se sale con las tuyas.
Suplico, aúllo, tengo frío, doy

vueltas en el aire y con asco
me abalanzo sobre el plato:
la sopa, el huevo, el solomillo.
Recluido en el ghetto del resoplido,

se me conoce por el modo de babear.
A modo de suplicio, soporto altivo
las preguntas del cómo y del porqué.
Me interrumpe, en la sala, el estornudo

cuando canto: "La lingüística, señores,
es un magnífico producto del pasado
y la sólida matriz de su futuro".
Subo al Olimpo, solo, fiebre del heno.

DOMINGO

Pasea por la plaza esa niña de Renoir.
La retreta ilumina el día después
de siempre, y elude marzo el tardío
perfume soñoliento de los tilos.

La niña aguarda en la esquina
del Correo. Sonríe sensual a la naranja
y abre el gajo. Sórdido Athos, aguardo
su sonrisa. Estallan, mágicas, las luces.

Pierna y brazo perduran en la plaza,
cuando ya nos hemos ido. Observo,
de reojo, las puertas del Liceo.
Trepa al tranvía, sube a la imperial,

me arroja caramelos. Voy al cine.
Se me ocurre resbalar en el pasillo
(Buck Jones galopa hacia Oregón).
Vuelve el sabio domingo a ser sagrado.

Descarga del color, la luz, el movimiento.
El rubio tejido del cabello se adormece
en la tela. Tras los tilos, no la olvido,
y permanece azul la niña de Renoir.

GERENTE GERONTE

Plutón, ese hombre de negocios,
en su silla gestatoria. Fijo el ojo
en el teléfono, sabe que mañana irá
a Berlín. Su mujer, la cacatúa,

recita al dedillo el obituario.
Se mortifica oyendo del porno-shop.
En el citófono, la Virgen Presurosa
cede el paso a la Virgen Adecuada.

Prodiga amable las centurias
en las tibias sobremesas de familia.
El domingo es su día de la desdicha.
Lee siempre algunas frases de la Biblia

y nunca admite que el sexo lo preocupe.
Hace crujir el apio con los dientes
y si bebe se le hinchan los tobillos.
Le irritan los chirridos de las llaves.

Plutón sonríe en la oficina y sale
el sol. Visita los infiernos, se va
a México y pide un retrato a caballo
y con mariachis. Prefiere los bombones

en forma de tibios corazones. Lee
el Time y goza oyendo música de Gluck.
Me pregunta si tiene monos en la cara
y lleno de fe y amor termina el día.

UÑAS

Duermen en público, con los guantes
en la diestra. No soportan los ruidos
de la calle y se arrastran pulidas
y brillosas, como negras cucarachas.

Viven solas en la calle del Abandono
y creen ser algo como el sello
de Salomón. Tienen hijos idiotas
y sueñan con las plazas de París.

Enronquecen de alegría cuando viajan
y se abonan a espectáculos de ratas.
En familia, cenan a deshoras y la última
de todas come en estricta duermevela.

Las visito. El criado dice: "duermen
aún, es de mañana". Les grito y vuelven
a aferrarme. Vocifero. No me sueltan.
Alzo los puños. Nadie oye mis lamentos.

PRIMERA COMUNION

Se enreda el ángel en el filo del espejo
y aligera mi rol en las huestes de David.
Voy al Colegio. Arrope, frutilla, mazapán.
Repito historias de las desdichas de Voltaire.

Mi padre me coge de la mano y cuenta feliz
que Lon Chaney fue el hombre de las mil caras,
y una a una las repasa. Tengo miedo. Satán
rehúye el fuego esa mañana y el fotógrafo

lo advierte. Reniego de las salutations
del magnesio. Los vitrales malignos
me marean. Pasan las nubes y a golpes
un marinero daba muerte al alcatraz.

Oigo la música del circo y el rugido
de los leones. Pasan las nubes. Cezanne
oblicuo, el árbol desatiende el frío
de la víspera. Suena el órgano y zurce

Dios el mundo después de la Caída.
Un hombre hace equilibrios en la punta
de sus dedos. Sé que allí, detrás,
me espera el Fantasma de la Opera.

PAISAJE CUBISTA

El foco de la luz es invención.
El ropero es sólo culpa mía.
El paisaje de nada sirve.
El reloj cierra los ojos.

Los ángeles son livianos
al caer. Que así sea.
La estación se llena de humo.
Es la jaula de un tigre.

Se ponen de prisa los sombreros.
Hacen planes para todo.
Sacan los pies del plato.
Huelen flores, las purpúreas.

La corbata me coge de la solapa.
"Cállense los dos", apura.
Sigo siendo el mismo.
Ladrillos, algún ángel

recostado en la vitrina.
La piedra, el ciervo torpe.
Tú. Yo. El oso de peluche.
Siempre hay algo artificial.

HISTORIAS

Como un idiota, miro al cielo
y leo mi nombre en el reparto.
Del bigote, me arrastran solo
al otro mundo. Abajo, las tierras

se ponen amarillas y observo
el aleteo de las gaviotas. No hay
vuelta que darle. Distráído,
busco fósforos en mis bolsillos.

Siento la nostalgia de las viejas
historias de corsarios. Maldigo
y veo al anciano de la linterna
azul y oigo un vano juramento

y el sonar de los doblones, uno
a uno. Un lóbrego abejorro
se posa en mi codo y yo bizqueo,
mirando mi corbata. Digo "sí,

señor" y pinto un paisaje, labro
un pedrusco en forma de oso
de las estepas. Sigo subiendo
y ya nada tengo en común conmigo mismo.

LA SILLA DE LA DESPOSADA

(Marc Chagall, 1934)

Los ruidos de la calle nunca dicen nada.
Sola, la silla reside en el vacío
y se abandona. "Debo regresar mañana
por la noche". Jarrones solitarios

adormecen la rutina de la espera.
"Ven aquí". Su voz sonaba seca.
Tal vez la orquesta tocase
"La Luciérnaga". "No tiene

importancia. Tú lo sabes".
"No olvides la corbata blanca".
Tiende la mano: "Hablaemos de eso
alguna vez". "Tienes buen aspecto".

La desposada cierra la puerta gris.
La silla murmura: "No pongan esa cara".
Marc Chagall admite el juego:
"El color es como una gruesa alfombra".

VALS

La atmósfera del malva se disipa en la muralla.
Rebanan la torta, desloman el asado y caen, una
a una, las cansadas flores rojas de Chagall.
Melancólico, impasible, el pasado es una máscara,

Una fotografía en sepia eterniza los instantes.
Ceñidos los chalecos, movedizo el pantalón,
los galanes son un reino de fulmínea gravedad.
Vuelan los cisnes y aligeran en el filo gris

de la habanera un amor primero, en el Museo
de la Costumbre. Puntean las guitarras y solos
se abandonan en las vueltas de una lágrima.
Al frente, el abanico elude la risa de la muerte.

Todo está allí: el dejo ciego del tardío Carnaval,
la vocinglería azul de un año venidero, el frío
ensalmo y la finura de un vals del novecientos.
El tedio susurra en la muralla y la orquesta

ya fatiga a los danzantes. Sin lugar a dudas,
están solos y hasta el brazo cae antiguo.
Las ondas del Danubio salpican la mirada.
Observan con tristeza el rojo de la alfombra.

FANTASMA

Parece un zombie o un gallo desplumado,
aleteando en la cocina. A la hora de la cena,
pone los pies sobre la mesa y se ilumina
a bulto y en relieve. Pellizca a las visitas,

por debajo de la mesa, y hace signos obscenos
con la diestra. Abusa del estilo, sobreactúa.
Va a la iglesia y fuerza el cepillo de las ánimas.
Tiene santos en la corte y dirige su propio

funeral. A la música sacra, prefiere
Noel Coward, y con aire snob disfruta
dando vueltas en el aire. Parlotea,
burlón, en los tejados, y se alza

siempre con el santo y la limosna.
Reniega del Medioevo y de puentes
levadizos. Se resfría en el verano.
Huye siempre que la cosa está que arde.

Es tieso como el bastón de un mariscal.
Víctima del blanco, simula el bermellón.
Solo, al fin, recoge las migajas, bebe
el trago del estribo y eructa como un monje.

NOTAS

- (1) El poema *Retrato, 1935*, es un homenaje a Magritte.
- (2) *Nostalgia* está inspirado en el cuadro homónimo de Magritte (1941).
- (3) En *Visitas*, la alusión a la "señorita Etcétera" es, inevitablemente, un recuerdo de E. E. Cumming.
- (4) *Bosque* surgió de la realidad cotidiana y de una frase de Roger Garaudy: "Cada travesía del Atlántico de un simple Boeing 707, consume la cantidad de oxígeno producida por una hectárea de bosque en un año".

INDICE

	Págs.
Tardes del verano	9
Manzana sola	11
Si tú salías	13
A tiro de ballesta	15
Corno inglés	17
Como un verso de Samain	19
Tú venías de Bagdad	21
Scherzo	23
Sur	25
Lota Bajo, 1939	27
Gaviota	29
Blues	31
Elegía a manzana de anís	33
Muchacha gris	35
Edad de oro	37
Elegía a Malencontre	39
El Capitán Tormenta	41
Errol Flynn, Mauren O'Hara y yo	43
Homenaje a Sabatini	45
Gato	47
Sueños	49
Belle Epoque	51

	Págs.
Tango Valentino	53
Leyenda	55
Día de la ira	57
Máscaras	59
Hot jazz	61
Monstruo	63
El Maestro de Armas	65
Clase magistral	67
Poeta solo	69
Yoghourt	71
Misterio	73
Payaso	75
Retrato (1935)	77
Yo	79
Nostalgia	81
Utopía	83
El vuelo	85
Drácula	87
Barba Azul	89
Alguien ha de decir	91
El hombre de la máscara de hierro	93
Laberinto	95
Ulises	97
Vida	99
Visitas	101
Bosque	103
Puertas	105
Helena	107
Tiempo	109
Klee	111
Keats	113
Amazona	115
Imagen falsa	117
Excesos	119

	Págs.
Dachau, 1945	121
Vértigo	123
Zigzag	125
Enrique Bello	127
Magritte. Retrato (1961)	129
Parque Forestal	133
Sombrero de copa	135
Tanguy	137
Adán	139
Citas con A, B y C	141
Museo de Bellas Artes	143
Vitrina	145
Barba bárbara	148
Gustav Mahler	149
Botella	151
Caballo	153
Erosión	155
Dedo	157
Palomas	159
El Hombre Invisible	161
Fiebre del heno	163
Domingo	165
Gerente Geronte	167
Uñas	169
Primera Comunión	171
Paisaje cubista	173
Historias	175
La silla de la desposada	177
Vals	179
Fantasma	181
Notas	183